

Eduardo Halfon

Tarántula

Nos despertaron a gritos.

Estábamos boca arriba en nuestros catres, dentro de la enorme carpa verde. Ninguno de los doce se atrevía a decir algo. Ninguno osaba moverse en su saco de dormir. Volví la cabeza hacia el catre de al lado. En la luz opaca de la madrugada encontré el rostro de mi hermano observándome de vuelta, preguntándome con la mirada qué estaba pasando allá fuera, qué significaban tantos gritos. Le respondí, también con la mirada, que no tenía ni idea. Pero de pronto los gritos se hicieron más fuertes e histéricos. Alguien se estaba acercando a nuestra carpa. Hubo un silencio breve —aunque sobradamente claro para detectar el llanto de uno de los niños en la parte trasera—, antes de que tiraran a un lado la portezuela de lona verde y todo nuestro mundo se inundara de luz.

En el umbral estaba la silueta de Samuel Blum,

nuestro instructor, nuestro amigo y protector incondicional, pero ahora uniformado de negro y con un garrote en la mano y lanzando alaridos y órdenes que ningún niño ahí entendía. En su brazo izquierdo, tardé en notar, caminaba una enorme tarántula.



Yo tenía trece, mi hermano doce. Llevábamos entonces tres años viviendo en Estados Unidos, tras haber huido del caos político y social que era la Guatemala de los ochenta. Aunque a mis padres no les gustaba que yo se lo explicara así a mis nuevos compañeros en el colegio, que al describirles nuestra partida de Guatemala yo les dijera que habíamos huido. Pero eso fue, una huida. Eso hicimos. Mis padres habían vendido precipitadamente no sólo nuestra casa recién construida sino también todo lo que aquella casa tenía dentro —los muebles y las alfombras y los cuadros en las paredes y los utensilios de la cocina y los carritos y juguetes que yo guardaba en el armario—, y habíamos salido huyendo a la Florida al final del verano del 81 con nada más que unas cuantas maletas. Ahora, tres años después, mis padres habían decidido que mi hermano y yo viajaríamos de vuelta a Guatemala durante las vacaciones escolares de diciembre para participar en un campamento de niños judíos.

Nos dijeron que volaríamos mi hermano y yo solos, sin ellos (no recuerdo la razón por la cual mi hermana menor no fue con nosotros, aunque hoy, que ya entiendo bien a qué nos estaban mandando, puedo conjeturar que ella era todavía demasiado niña y demasiado inocente). El campamento, nos dijeron mis padres, se llamaba majané, en hebreo, y estaría situado en medio de un bosque enorme y salvaje a un centenar de kilómetros de la capital. Pasaríamos unos días viviendo en carpas y haciendo fogatas, nos dijeron, unos días aprendiendo no sólo técnicas de sobrevivencia en la naturaleza sino también técnicas de sobrevivencia en la naturaleza para niños judíos. No es lo mismo, nos dijeron.

Pero yo no había querido ir.

Estaba en esa etapa tan ambigua —trece años— en la cual un niño sigue haciendo cosas de niño mientras empieza a hacer sus primeras cosas de adulto. Todavía miraba caricaturas en la televisión una vez por semana, los sábados en la mañana, aunque hacía poco, e igualmente una vez por semana, había empezado a afeitarme el bigote. Y todavía requería que mi madre pasara a dejarme y luego a recogerme frente al cine para ver una película con amigos, aunque antes de salir de casa ya me echaba un poco de colonia y desodorante. Y todavía coleccionaba e intercambiaba estampillas de béisbol, aunque en la misma gaveta

ahora guardaba también unas cuantas revistas pornográficas para auxiliarme con mis primeras y torpes masturbaciones.

Pero también recuerdo que a esa edad, no sé si por principio o por pura rebeldía (un poco de ambas, desde luego), comencé a rechazar las imposiciones de mis padres. Ahora entiendo que mi rechazo no era a esas imposiciones, o no directamente, sino a todo lo que mis padres representaban, a su mundo en general. Para un niño, empezar a deshacer el mundo heredado es uno de los pequeños pasos paulatinos hacia construir uno propio. Yo rechazaba sus horarios, sus reglas, sus gustos, sus dietas, sus deportes, sus ideas, incluso su lenguaje: desde que habíamos llegado a Estados Unidos, yo me negaba a hablarles en español; ellos me hablaban en español y yo les respondía en inglés. Pero mi más grande rechazo, y sin duda el más escandaloso, fue hacia el judaísmo.

No era un rechazo belicoso, ni vehemente, ni siquiera confrontativo. Al contrario. Intentaba evitar o esquivar el judaísmo, de cualquier forma. Como una salida silenciosa de una fiesta, sin decir nada y sin despedirme de nadie. De pronto ya no quería acompañar a mi padre a sesiones de rezo, y me inventaba otros compromisos para no acudir los viernes a las cenas de shabát, y hasta le había regalado a un amigo cristiano, en secreto, en un gesto más simbólico que

práctico, mi gorrita de seda (kipá, en hebreo) y mi aún casi nuevo manto de oración (talit, en hebreo). Mi madre no decía nada, al parecer confundida. Mi padre, en cambio, me gritaba órdenes. Su manera de imponer el judaísmo siempre fue a gritos. Al descubrirme metido en la cama los sábados en la mañana, me despertaba gritando que era mi deber ir con él a la sinagoga. Cuando notó que yo apenas empezaba a juntarme con algunas chicas de mi edad, me recordó, en una sarta de gritos tan épicos como prematuros e inútiles, que en nuestra familia estaba prohibido tener una novia no judía. Y yo, por supuesto, le obedecía.

Aunque a veces, envalentonado, me animaba a discutir desmañadamente con mis padres sobre el porqué de tantos mandatos y dogmas, sobre por qué tener que seguir sus tradiciones inexplicables. Una de esas disputas, la más recia o la más emotiva o una de las que más recuerdo, sucedió una noche, sentado entre ellos en el sofá de la sala, mirando los tres un episodio de algún programa de televisión que transcurría hacía un siglo en un pueblo no sé si de Kansas o Minnesota; en cualquier caso, un pueblo bucólico y perdido en el medio oeste de Estados Unidos. Durante aquel episodio, los residentes del pueblo se dedicaban a burlarse de un viejo carpintero judío. Un señor con pinta de labriego decía que sólo dejaba entrar al judío en su almacén porque el viejo carpintero

era muy bueno haciendo ataúdes, y ahí en su almacén se vendían muchos ataúdes. Unas señoras, al verlo caminando por la calle, gritaban excitadas que había que taparse la nariz y cuidar la cartera, mientras que un grupo de muchachos insistían con absoluta convicción en que el viejo judío, al igual que todo judío, tenía unos cuernos ocultos debajo de su sombrero negro. A mí la idea de que un viejo carpintero tuviera un par de cuernos escondidos debajo de su sombrero tipo bombín me pareció de lo más graciosa, y empecé a reírme. Al volver la mirada hacia mi madre, sin embargo, descubrí que estaba llorando. Y mi padre, juzgándome con rabia, y acaso presumiendo que mi risa también estaba dirigida al viejo carpintero y a todo el pueblo judío, explotó.

Aunque ellos nunca me lo dijeron, estoy seguro de que parte de su razonamiento para enviarnos aquel fin de año a un campamento en las montañas de Guatemala fue no sólo volver a acercarme al judaísmo —a su judaísmo—, sino también volver a acercarme a un país que, tres años después de haberlo abandonado, yo consideraba ya extranjero y ajeno.

Furioso, les respondí que no iría. Que tenía trece años y podía tomar decisiones por cuenta propia. Que no me interesaba viajar a Guatemala, ni acampar con una tropa de niños judíos que no conocía, ni aprender a cantar cancioncitas alrededor de una fogata en un

hebreo incomprensible. Tampoco me gustaba la idea de tener que pasar unos días comunicándome sólo en español, un idioma que ya apenas hablaba o que a lo sumo hablaba con un pesado acento estadounidense; aunque esto, claro, no lo dije.

Mi madre guardó silencio, evidentemente turbada, y acaso intuyendo que mi rechazo era más que a un simple campamento. Mi padre, sin embargo, me espetó un solo grito terminante.

Usted irá, y punto.



Al primero que conocimos fue a Samuel Blum.

Estaba de pie al lado de la carretera, en las afueras de un pueblo llamado Santa Apolonia, recibiendo a los niños con un silbato alrededor del cuello y una carpeta en las manos, y a mí de inmediato me pareció uno de los hombres más hermosos que había visto nunca. Era alto y delgado y de facciones muy femeninas: tenía ojos color celeste cielo y una larga melena de rulos rubios que aún parecía una moda de los años setenta (muchos años después lo recordaría al ver en la pantalla al joven Tadzio, de Visconti). Tras él, como escoltas, estaban parados unos soldados o policías o guardias privados, no lo tenía muy claro; todos uniformados de verde y caqui y todos con una

enorme escopeta negra colgada del hombro. Yo me quedé mirando una de las escopetas negras y casi logré ver un vaho de humo gris saliendo del cañón y me pregunté a cuántos guerrilleros habría matado esa misma escopeta. Era finales del 84. El país seguía sumido en la violencia e inseguridad del conflicto armado interno, aunque yo ya tenía suficiente edad para entender que esos soldados o policías o guardias privados también estaban ahí porque un sábado en la mañana, meses atrás, el rabino de la comunidad judía había descubierto una bomba en la sinagoga, escondida entre los rollos de la Torá.

Los hermanos Halfon, anunció al vernos. Soy Samuel Blum, dijo, estrechándonos la mano, y habría notado que mi hermano y yo nos pusimos un poco nerviosos porque rápido se arrodilló frente a nosotros y nos preguntó en un susurro si queríamos saber un secreto. Nuestro abuelo polaco estaba cerca; acababa de ir a buscarnos al aeropuerto con su chofer (hacía años, desde un primer infarto, que no conducía), y pronto nos dejaría ahí, en las afueras de Santa Apolonia, en ese terreno baldío al lado de la carretera, a partir del cual el grupo entero haría una caminata de tres o cuatro horas por las montañas del altiplano, con todas las mochilas y los sacos de dormir a cuestas, hasta el sitio retirado y recluso donde estaba el campamento. Pero el secreto de Samuel, entendimos de inmediato,

era sólo para nosotros dos. Mi hermano y yo le dijimos que sí y Samuel primero hizo un movimiento con la mano para que nos acercáramos un poco más, luego señaló con su índice hacia abajo, hacia el bolsillo del impermeable verde militar que había abierto ligeramente usando su otra mano. Ahí dentro, en la esquina del bolsillo, descubrimos aterrados, dormía una serpiente pequeña y delgada y toda roja —un rojo llameante, entre escarlata y carmesí— salvo su cabecita negra.

Samuel metió la mano en el bolsillo y, despacio, con cuidado, sacó a la serpiente y la sostuvo enfrente de nosotros para que la miráramos mejor. Era ahora una pequeña bola roja en su palma. Y yo recordé que tenía mi cámara Instamatic en la mochila y me apuré a sacarla y tomé una foto.

Bienvenidos al trópico, nos susurró Samuel, el índice sobre los labios, su mirada de pronto más celeste o tal vez menos celeste. En todo caso, una mirada ya distinta, una mirada enardecida, una mirada que en ese momento yo juzgué juguetona y pícara. Aún no sabía que en unos bellos ojos celestes también cabe lo siniestro.



Era una Kodak Instamatic X-15, con un carrete de película 126. Una cámara cuadrada, elegante, perfec-